

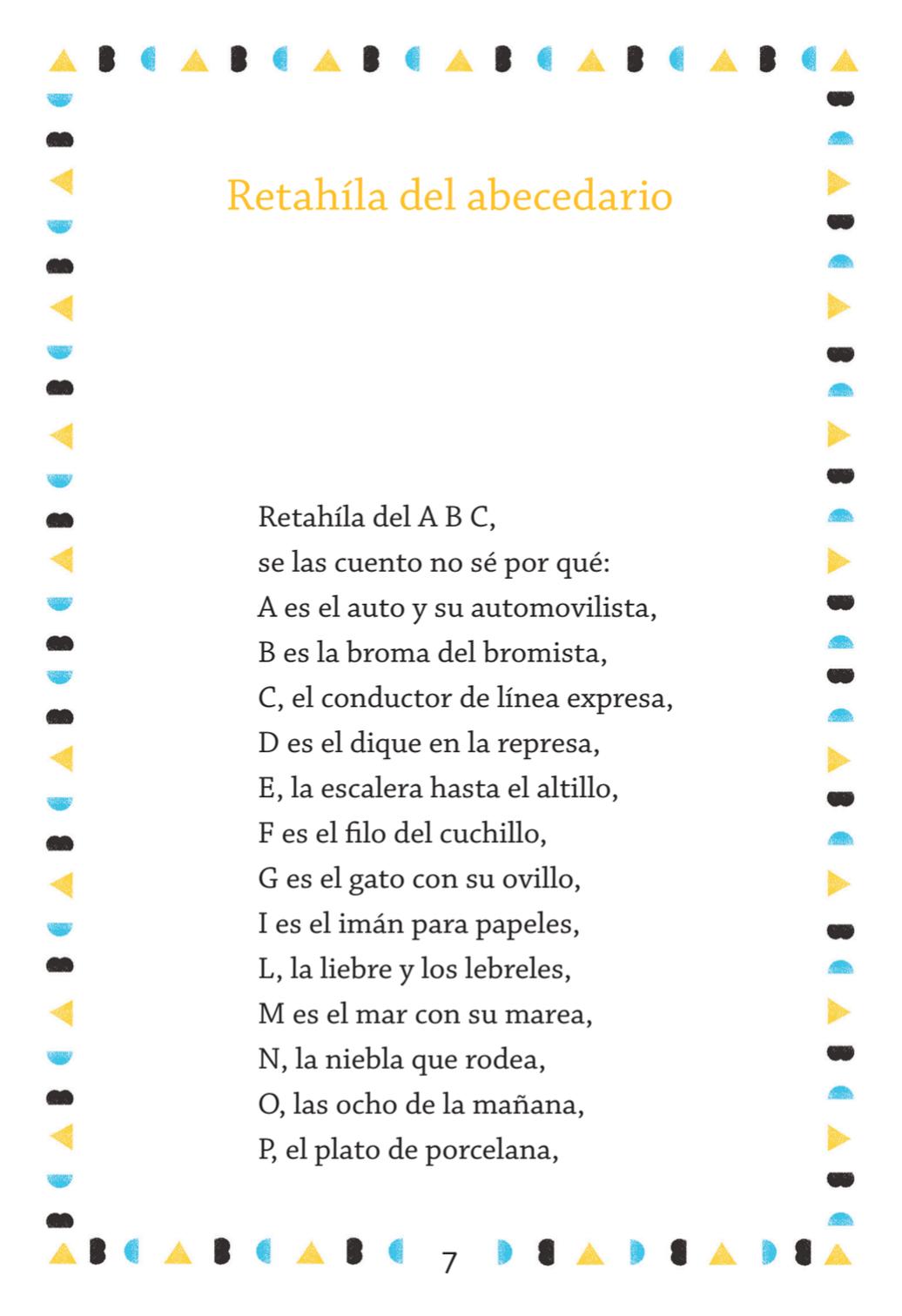
De la A a la Z

Gianni Rodari

Ilustraciones de Chiara Armellini



loqueleg



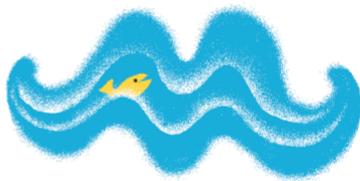
Retahíla del abecedario

Retahíla del A B C,
se las cuento no sé por qué:
A es el auto y su automovilista,
B es la broma del bromista,
C, el conductor de línea expresa,
D es el dique en la represa,
E, la escalera hasta el altillo,
F es el filo del cuchillo,
G es el gato con su oவில்lo,
I es el imán para papeles,
L, la liebre y los lebreles,
M es el mar con su marea,
N, la niebla que rodea,
O, las ocho de la mañana,
P, el plato de porcelana,

Q es el queso para roedores,
R, la radio a transistores,
S es el sol ardiente,
T, obviamente, es de televisores
y de teledivertidos,
U es la urraca que cuida el nido
V es el vagón en recorrido,
y la Z es la letra rezagada
que marca el fin de esta tonada.

[de *Versi e storie di parole*]





El país con "anti" adelante

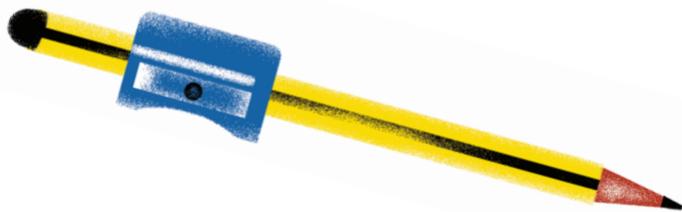
Juanito Pierdedías era un viajante incansable. Viaja que te viaja, fue a parar al país con "anti" adelante.

—¿Pero qué clase de país es éste? —le preguntó a un ciudadano que tomaba aire a la sombra de un árbol.

El ciudadano, como única respuesta, sacó del bolsillo un sacapuntas y se lo mostró sobre la palma de su mano.

—¿Ve esto?

—Es un sacapuntas.





—Se equivoca. Es un “antisacapuntas”, o sea, un sacapuntas con “anti” adelante. Sirve para hacer crecer de nuevo los lápices, cuando están gastados, y es muy útil en la escuela.

—Magnífico —dijo Juanito—. ¿Y qué más?

—También tenemos el “antirropero”.

—Querrá decir el ropero.

—El ropero no sirve de mucho, si uno no tiene ropa que guardar. Con nuestro “antirropero” todo es distinto. No hace falta guardar nada, ya está todo adentro. Si necesita un abrigo, va y lo busca. Si necesita un saco, ni siquiera hace falta que lo compre: va al “antirropero” y se lo pone. Hay “antirropero” de verano y de invierno, para la dama y el caballero. Así nos ahorramos mucho dinero.

—Una auténtica genialidad. ¿Y qué más?

—Además tenemos la máquina “antifotográfica”, que en lugar de sacar fotos hace caricaturas, así da risa. Tenemos también el “anticañón”.

—Brrr, qué miedo.



—Al contrario. El “anticañón” es lo opuesto al cañón, y sirve para terminar la guerra.

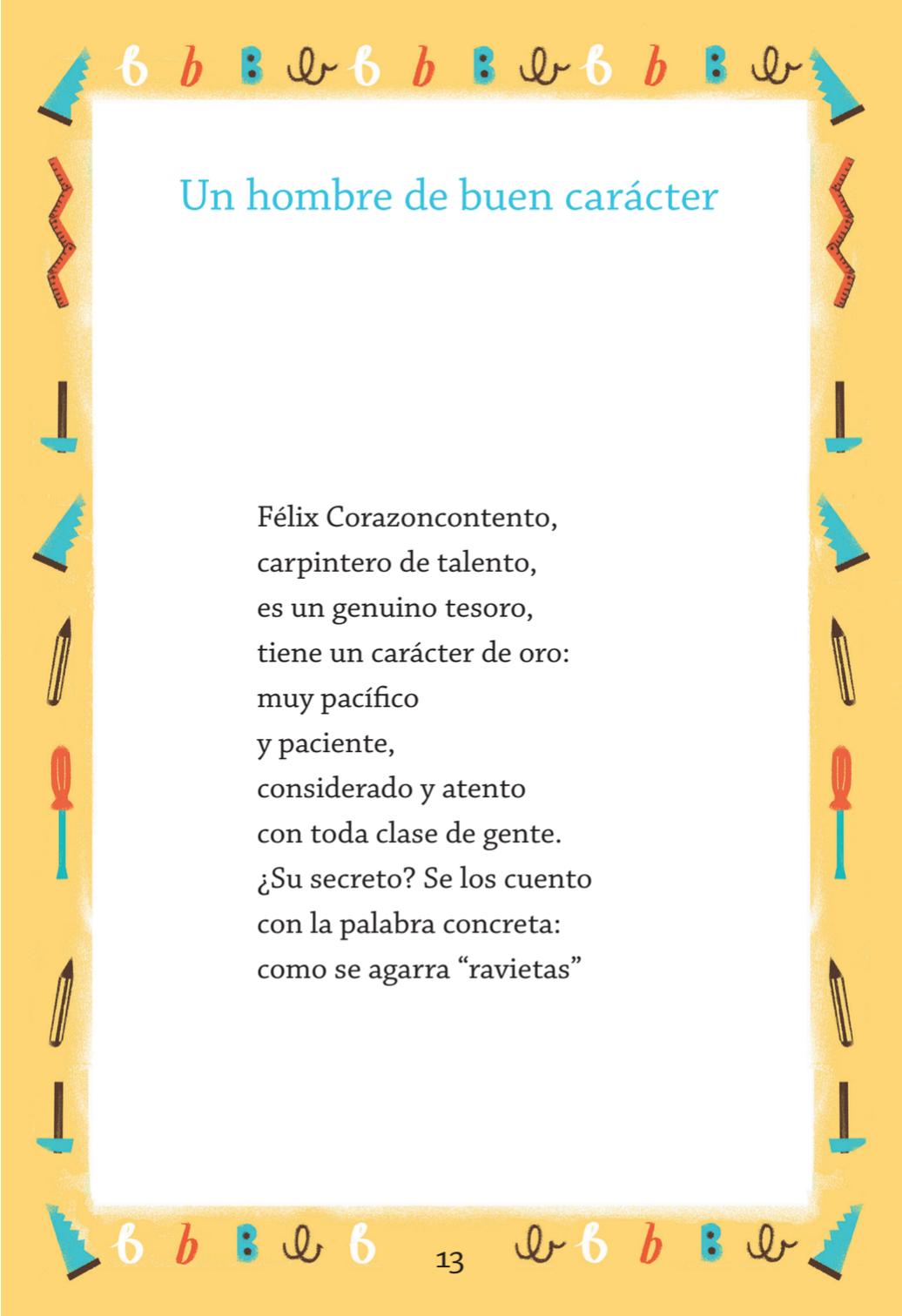
—¿Y cómo funciona?

—Es muy fácil, lo puede usar hasta un niño. Si hay guerra, tocamos la “antitrompeta”, disparamos el “anticañón” y enseguida se acaba la guerra.

Qué maravilla el país con “anti” adelante.

[de *Favole al telefono*]





Un hombre de buen carácter

Félix Corazoncontento,
carpintero de talento,
es un genuino tesoro,
tiene un carácter de oro:
muy pacífico
y paciente,
considerado y atento
con toda clase de gente.
¿Su secreto? Se los cuento
con la palabra concreta:
como se agarra “ravietas”

que siempre son con “ve corta”,
a nadie le importa
y no hay resentimiento.
A causa de un error
de ortografía
con todos vive en paz
y en armonía.

[de *Il libro degli errori*]



El pobre "achorro"

Si visitan Florencia,¹
verán seguramente
a aquel pobre "achorro"
del que habla la gente.
Le falta la cabeza,
cachorro desvalido.
No saben con certeza
por dónde da ladridos.

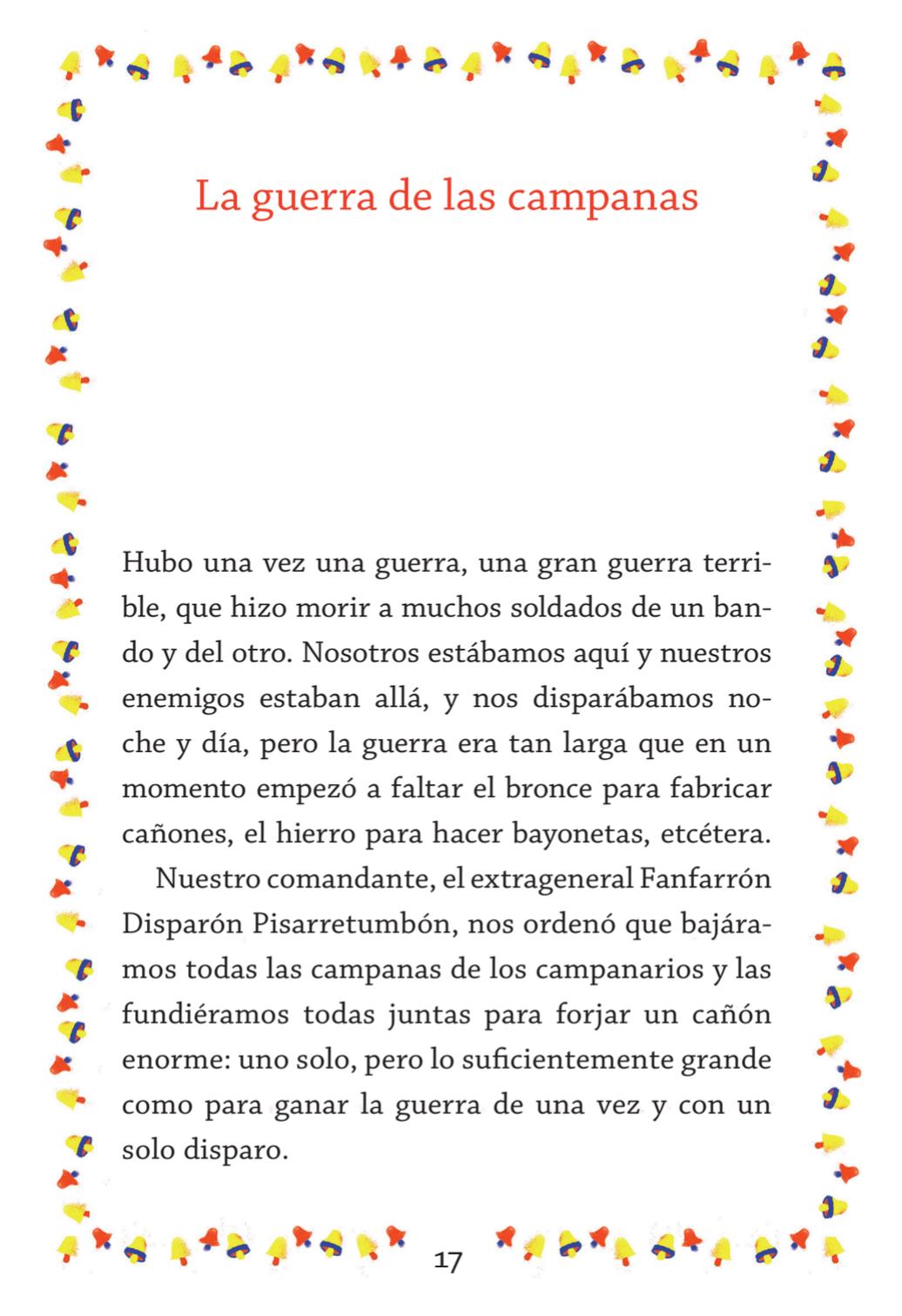
Le comieron, se dice,
la cabeza al canino.
(La "c" es una delicia
para los florentinos).



Pero es un perro dulce,
nunca jamás se queja,
a todo el que se le cruce
mueve el rabo y festeja.
¿Cómo come? Señores,
no sean tan preguntones:
formas de subsistir
existen por montones.
Que vivir sin cabeza
no es lo peor de todo:
mucho gente la tiene
y no la usa de ningún modo.

[de *Il libro degli errori*]



A decorative border of colorful bells and stars surrounds the text. The bells are yellow, blue, and red, and the stars are red and blue. They are arranged in a repeating pattern along the top, bottom, and sides of the page.

La guerra de las campanas

Hubo una vez una guerra, una gran guerra terrible, que hizo morir a muchos soldados de un bando y del otro. Nosotros estábamos aquí y nuestros enemigos estaban allá, y nos disparábamos noche y día, pero la guerra era tan larga que en un momento empezó a faltar el bronce para fabricar cañones, el hierro para hacer bayonetas, etcétera.

Nuestro comandante, el extrageneral Fanfarrón Disparón Pisarretumbón, nos ordenó que bajáramos todas las campanas de los campanarios y las fundiéramos todas juntas para forjar un cañón enorme: uno solo, pero lo suficientemente grande como para ganar la guerra de una vez y con un solo disparo.

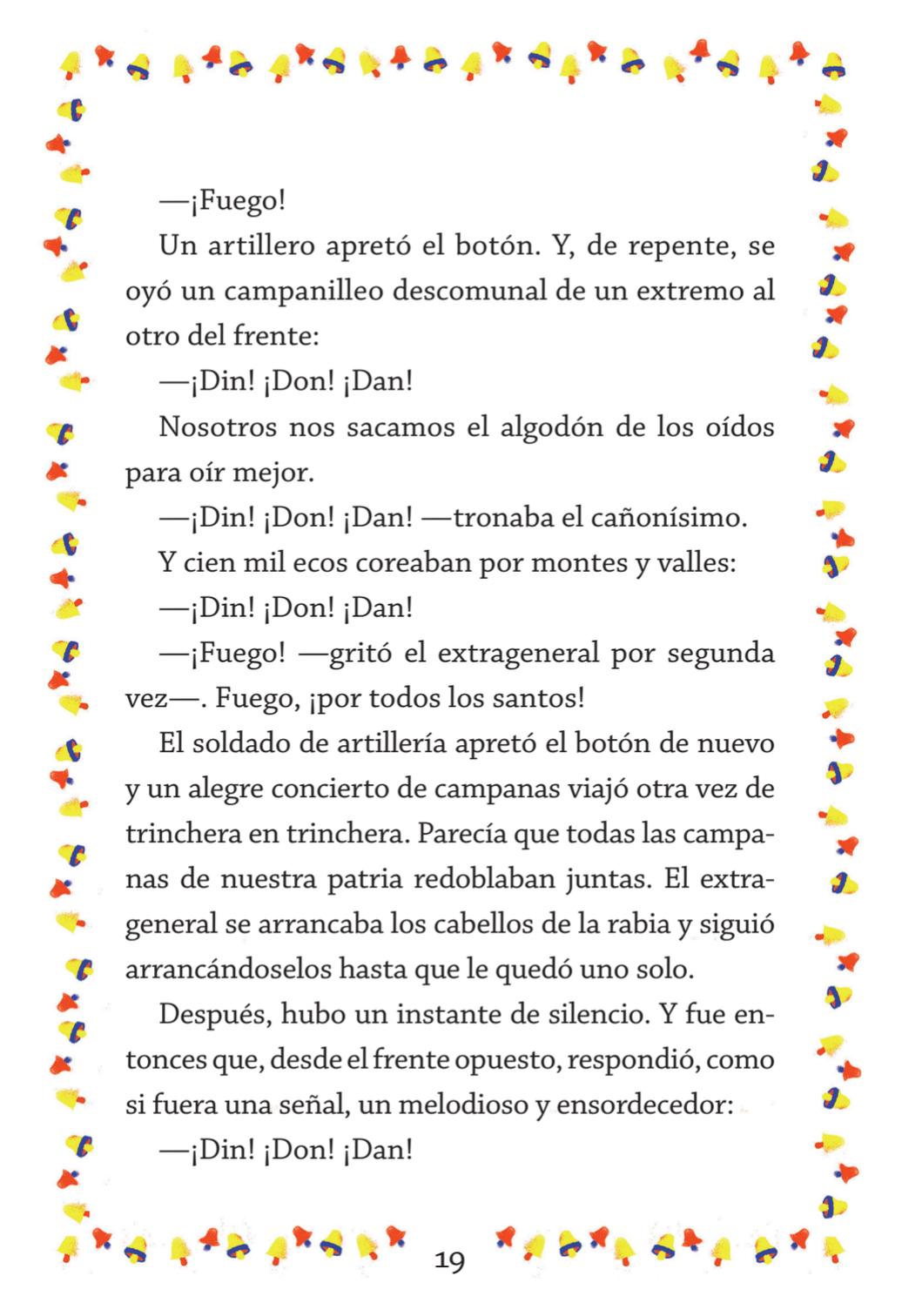
Para levantar aquel cañón se necesitaron cien mil grúas; para transportarlo hasta el frente, noventa y siete trenes. El extrageneral se frotaba las manos de contento y decía:

—Cuando mi cañón dispare, los enemigos saldrán huyendo hasta la luna.

Entonces, llegó el gran momento. El cañonísimo apuntaba a los enemigos. Nosotros nos habíamos llenado los oídos de algodón, porque del estruendo se nos podían romper los tímpanos y la trompa de Eustaquio.

El extrageneral Fanfarrón Disparón Pisarretumbón ordenó:





—¡Fuego!

Un artillero apretó el botón. Y, de repente, se oyó un campanileo descomunal de un extremo al otro del frente:

—¡Din! ¡Don! ¡Dan!

Nosotros nos sacamos el algodón de los oídos para oír mejor.

—¡Din! ¡Don! ¡Dan! —tronaba el cañónísimo.

Y cien mil ecos coreaban por montes y valles:

—¡Din! ¡Don! ¡Dan!

—¡Fuego! —gritó el extrageneral por segunda vez—. Fuego, ¡por todos los santos!

El soldado de artillería apretó el botón de nuevo y un alegre concierto de campanas viajó otra vez de trinchera en trinchera. Parecía que todas las campanas de nuestra patria redoblaban juntas. El extrageneral se arrancaba los cabellos de la rabia y siguió arrancándose los hasta que le quedó uno solo.

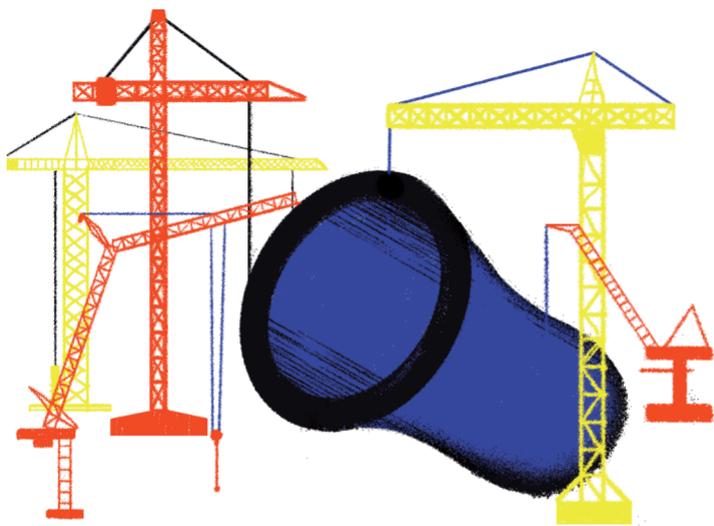
Después, hubo un instante de silencio. Y fue entonces que, desde el frente opuesto, respondió, como si fuera una señal, un melodioso y ensordecedor:

—¡Din! ¡Don! ¡Dan!

Porque deben saber que el comandante de los enemigos, el matariscal Von Fanfarronen Disparronen Pizarretunvon, también había tenido la idea de fabricar un cañónísimo con las campanas de su país.

—¡Din! ¡Don! ¡Dan! —tronaba ya nuestro cañón.

—¡Din! ¡Don! ¡Dan! —respondía el de los enemigos.



Y los soldados de los dos ejércitos saltaban de las trincheras, corrían a encontrarse, bailaban y gritaban:

—¡Las campanas, las campanas! ¡Es una fiesta!
¡Ha estallado la paz!

El extrageneral y el matariscal se subieron a sus automóviles y condujeron bien lejos, a toda velocidad, hasta que se les acabó el combustible, pero el son de las campanas todavía los perseguía.

[de *Favole al telefono*]

